

cuya vista y presencia le llevó á los delirios artísticos de antiguo connaturales con su índole y su complexión conocidas. Lo que pasó en esta ocasión, cual en tantas otras de su vida, provino de la consabida manía, por cuya virtud y obra imaginaba escenas dramáticas las escenas reales de su vida é historia. Cuando vió el espectáculo, tan terrible por lo devastador y tan bello á la vista, lejos de levantarse la conciencia moral en él, buscando la responsabilidad efectiva de aquellos que hubieran podido promoverlo por maldad nativa propia ó por odio reconcentrado á Roma, se despertó el sentimiento estético tan sólo, no viendo sino el aspecto hermoso y externo en el lado trágico, lo puramente aparatoso y teatral. Con la cabeza henchida de fábulas, con el corazón aspirando á lo imposible, con la fantasía sobreexcitada por un amor desordenado á la gloria personal en artes y letras, con los nervios descompuestos por no regirlos derechamente un cerebro trastornado de nacimiento con el vértigo de las alturas y el requerimiento continuo de las emociones, cuya índole poco le importaba, con tal que le sacudieran haciéndolo estremecer y soñar; el cuitadísimo vió en aquella desgracia reproducido el último instante de Troya, y no pensó en otro ningún resultado de cuanto veía sino en los aspectos trágico-épicas del suceso, viendo salir en sus alucinaciones de allí, junto con el coro de artistas y poetas que fijaran en las tablas con sus pinceles y en los mármoles con sus buriles y en las letras con sus estilos aquel horror, las sombras que luego llenaron de lamentos el espacio y vivieron, por sus dolores inmortales que recogieran los trágicos, siglos y siglos en el corazón y en el cerebro de nuestra humanidad. El suelo estremecido, las piedras calcinadas, lleno de nubes y de humaredas el aire, revoloteando por las alturas en trombas y espirales el fuego que ardía cada vez más y relampagueaba y tronaba como una tormenta de veras, desatados arroyos y ríos de lavas como en las erupciones del Etna, cuando todo aquello se reflejaba en la retina de Nerón y trascendía luego al cerebro, evocaba cuantas obras literarias á ese respecto vivían en el mundo y cuantos mitos y genios inventara la fértil imaginación helena, tan ducha en personificar y poner de relieve todos los grandes fenómenos, así de la sociedad como de la naturaleza, de todo el universo. Los gigantes desmedidos, que tocan en las nubes con sus

frentes; los cíclopes, armados de sus martillos, que machacan el hierro en sus yunques; los titanes amontonando montañas sobre montañas, las cuales ascienden por las alturas como fuertes sobrepuestos y escalan el cielo mismo; esos encélados del Etna, sobre cuyas espaldas gravitan los mundos; esos monstruosos polifemos cargados con sus férreas mazas; los mil abortos del abismo que pululan en todas direcciones por las llamaradas de los volcanes hoy mismo centelleantes en las orillas del Mediterráneo, aparecieron entre los rojos celajes de aquel colosal incendio, cuyos hervores y llamaradas parecían un gigantesco volcán destruyendo y abrasando la Ciudad Eterna. No mucho, pues, no mucho, si la tradición presenta en sus continuas transmisiones orales ó escritas al emperador vestido con el traje rozagante de Apolo Musejetas, al hombro la clámide, á los pies las sandalias de perlas, en la frente su verde laurel, en las manos su áurea cítara, los ojos errantes por el cielo y la voz despedida con brío de la vibrante laringe, cantando el incendio de Troya, como en el teatro, por aquellos espectáculos en que le acompañaban sus patricios y le aplaudían sus augustales, sin acordarse para nada de que perecían los mejores legados artísticos de lo antiguo y los mejores súbditos y conciudadanos mejores en aquel incendio de Roma. Podrá ser mentira ó podrá ser verdad este arrebató: á creerlo todo de Nerón autorizan sus demencias; pero es lo cierto que ha pasado así á las edades y que todos lo vemos todavía mientras Roma perece, y los romanos se queman como en un horno, y se tornan cenizas los simulacros y las reliquias que ornaban aquellos fastos eternos, quien á título de dueño todo lo poseía y dominaba, convirtiendo tal calamidad inmensa en un inmenso teatro, y tocando la cítara, que seguía y acompañaba con sus cadenciosos arpegios la épica y voluptuosa canción.

En vano corrió Nerón á Roma desde su retiro; en vano juntó los auxilios y los auxiliares que pudo para contra la calamidad arremeter; en vano abrió las puertas de sus jardines al pueblo sobreviviente y necesitadísimo; en vano extrajo de las poblaciones circunvecinas cuantos víveres pudiesen alimentar á los hambrientos y vestir á los desnudos: la conciencia pública y la historia eterna jamás lo perdonaron, y creyéndolo capaz de perpetrar tal crimen, diéronlo por consumado y le imputaron á una su espantosa ejecu-

ción. Se había quemado el palacio de pasaje que daba desde su Palatino al ninfeo de Claudio; pues lo había quemado él, según la pública opinión, recién construido, para darse la satisfacción del renuevo de su reconstrucción y restablecimiento. En su delirio por los confidentes y los aduladores, había nombrado prefecto del Pretorio á su adorado Tigelino; y como, entre los muchos edificios que ardieran, desapareció todo el barrio Emiliano, que servía de habitación á su favorito, hallaron en esto motivo nuevo para imputarle horror tan extraordinario, y creyeron que había pegado fuego á toda la ciudad sin más objeto que aquistarse los solares de unos embarazosos almacenes donde se acumulaban las provisiones pretorianas. Lo cierto es que todos juran haber visto sicarios ambulantes con antorcha en mano prendiendo fuego á los más venerables edificios y echando mechas á sus tejados para que ardiesen á una con mayor facilidad y estruendo. Es lo cierto que Nerón anduvo entre las víctimas, entre los escombros, entre las llamas, solo y sin guardias, corriendo por todas partes y en todas direcciones cual un verdadero loco. Y no dicen las historias que nadie le hubiera dirigido el menor insulto ni asestado el menor golpe. Y cuenta que hubo quien se dementó al grande horror; quien mató á sus deudos por piedad antes de que los matara el fuego con sus voracidades; quien se arrojó á las llamas de pena y demencia para no ver cómo desaparecía la Ciudad Eterna con todas sus grandezas y todas sus reliquias: cosa tan triste como si desapareciera la tierra misma bajo nuestros pies y se apagara el sol en lo infinito. Pero si todo esto resulta de los comprobantes guardados en las historias, no puede, no, desconocerse que, á medida que iban pasando los tiempos y reconstruyendo Nerón á su guisa Roma, iba creciendo la idea de que su genio artístico, así como su afán por las emociones intensas y hondas, habíanle arrastrado á incendiar la Ciudad Eterna, tan sólo por el placer de renovarla y de rehacerla. Por esta causa no debe maravillarnos que le haya dicho un gran historiador cómo había levantado sus palacios babilónicos sobre las ruinas de su ciudad. Y nadie le salva de tal imputación, que ha pasado á los siglos, quienes han castigado en el César, no tanto aquel horroroso hecho, como la capacidad personal, primero de idearlo y luego de cometerlo. Invocó á Proserpina para que saliese del infierno á dar testimonio de su inocen-

cia; adoró á Ceres que ha representado siempre con su corona de áureas espigas la germinación universal y por ende la inmortalidad; hizo lo posible para el aplacamiento de Vulcano, á cuyas iras y venganzas se atribuyeron aquellas plagas y desastres; mandó las matronas en procesión litúrgica desde los templos romanos á las riberas marinas, y no pudo borrar de su frente maldita la terrible inculpación de haber incendiado á Roma. Veinte siglos van corridos desde tal catástrofe; y á pesar de haberse tantas exculpaciones publicado y aun apologías de Nerón, á ninguna le cupo la suerte de redimirle del tal horrible crimen; como incendiario de Roma pasó á la posteridad, para eterno castigo é infamia también eterna.

Para quitarse tal mancha creyó el emperador que debía perseguir y castigar á los culpados, con lo cual imaginábase que desaparecería cualquier sombra de recelo y sospecha. No pudo dar tras los republicanos, que componían aún en Roma formidable partido; no pudo dar tras los estoicos, que se parapetaban en el poder todavía subsistente de Séneca; no pudo dar tras los patricios y los plebeyos, pues hubiese aumentado al horror de sus males el horror de sus castigos. La soga se rompió por lo más delgado. Nerón encontró los incendiarios de Roma en los discípulos de Cristo. Por esos presentimientos innatos al genio, ningún romano de alta inteligencia y grande corazón podía desconocer que los cristianos eran los apercibidos en el plan providencial de los acontecimientos humanos á transmutar la sociedad antigua en moderna, y por lo mismo á perder esta última en todo cuanto para ella tenía de santo y perdurable. Así acusaron á una al pueblo cristiano de incendiario. Nerón los oyó. Y para demostrar que no había cometido el crimen de incendiar á Roma, ideó y perpetró un crimen mayor. Convidó en la colina vaticana, donde se dilataban sus más hermosos jardines, á una fiesta nocturna, en la cual servirían de antorchas al festín y á la orgía los cuerpos de aquellos cristianos tan aborrecidos, todos cubiertos de pez y quemados con estas horribles vestiduras parecidas á togas de fuego ardiendo. Imaginaos el dolor material de aquellos infelices abrasados dentro de resinas muy combustibles y muy vivaces para divertir al tirano del oprimido pueblo que á sí mismo se llamaba el pueblo-rey. Mientras aquellos mártires, culpados de querer purificar una sociedad perversa y deca-

dente, se retorcían de dolor y se agitaban en terribles convulsiones, dando siniestros alaridos, á los cuales subseguía el estertor de sus espantosas agonías y el estridente grito de la suprema exhalación del postrimer suspiro, iluminando con las llamas alimentadas por el jugo de sus cuerpos las hermosas estatuas clásicas y las grutas por pintadas flores, que debían aparecer como si las tiñesen reflejos rojos de sangre abrasada é hirviente, Nerón iba precedido de una procesión religiosa, por aquellas hileras de patíbulos y braseros, entre las cadencias de sinfonías acompañando á exaltados himnos, con las gitanas egipcias y las bailarinas andaluzas castañeteando sus crótalos y urdiendo sus danzas, subseguido por magos sirios que hacían sortilegios y por bacantes ebrias que celebraban el amor sensual, medio desnudo, sobre carro de marfil, del cual tiraban hermosas jóvenes disfrazadas de marinas sirenas y en torno del cual quemaban otras jóvenes hermosas, disfrazadas de náyades campestres, tal cantidad de incienso en cazoletas áureas que formaban espesa nube litúrgica en torno de Nerón y le prestaban aspectos y formas de un verdadero dios. Pero, ¡ah!, no: el Dios era, no un déspota, sino un esclavo; no un vivo, sino un muerto; no un omnipotente, sino un mártir; no quien sabía matar, sino quien sabía morir; y lejos de predicar el crimen y la venganza, levantando los ojos al cielo desde la cruz el patíbulo de los esclavos, á la hora de su mejor afrenta y amargura, intercedía con su Eterno Padre por los que mataban, dejando ese modelo de perfección absoluta vivo en el mundo para que se realizasen todos los ideales de justicia y se formara la nueva humanidad en el crisol de un amor tan enajenado é intenso por los demás, aun á riesgo de uno mismo y holocausto y sacrificio, que debería llamarse caridad, en la cual se consumían todas las escorias y de la cual se levantaba un espíritu tal que había de obrar un milagro tan grande como el que aquellos mismos hombres, devorados en el horrible tormento neroniano que ideara la omnipotencia cesarista, se habían de sobreponer á todo, y subiendo en alas de sus oraciones al mismo Capitolio donde los atormentaban, habían de dar á Roma la eternidad que no pudieron recabarle antes ni sus tribunos y césares, cuya omnipotencia material tuvo que ceder á la omnipotencia de una idea.



## CAPITULO XXI

### MÁS EXCESOS Y MÁS DELIRIOS

Las construcciones colosales, que subsiguieron al incendio de Roma, confirmaron el público rumor y la pública sospecha de que Nerón había quemado la capital con ánimo únicamente de restablecerla y restaurarla. El áureo palacio, levantado sobre las ruinas aún calientes, como llamaron á su hogar, aurea casa ¡oh!, argüía una demencia de verdadero déspota, como la célebre de aquellos del Oriente á quienes flagelaran el teatro griego y la Biblia hebrea. No eran los jardines adscritos al santuario del tirano aquel jardines, eran verdaderos campos, capaces de sustentar una población entera, pues no cuentan en sus espacios con términos tan dilatados de cultivo y menos de recreo las mayores ciudades. Praderas con grande horizonte, sensible, por interminables, junto á selvas incultas y espesísimas; bosques muy apañados al modo griego junto á cañaverales, donde las enredaderas y lianas parecían crecer á su grado; pajáreras en que discurrían pintadas, canoras, inocentes aves, al lado de jaulas, que hacían estremecer los zarpazos y los rugidos de brutos carniceros; estanques de aguas marinas, por las cuales varios monstruos oceánicos saltaban en todas direcciones, no lejos de canales, por cuyas dulces argénteas corrientes gallar-